



Isaac Felipe Azofeifa

## UN NIÑO COLGANDO EN EL VACIO

Plácidos pasan los días, con lentitud que nosotros saboreamos conversando, paladeando un buen trago, diciendo amables frases o haciendo bromas sobre temas eróticos, jugando con los tabúes el juego del ingenio y del buen gusto. ¡Buena vida de burgueses, al fin!

Mas, por debajo de esta superficie tan tersa en que cada uno de los momentos de nuestra conducta ha sido calculado para agradar, alientan secretamente la ferocidad, la ira, el terror, la angustia, el odio. Todo junto, pero al mismo tiempo todo sometido a un sistema de soluciones técnicas de tan cotidiana presencia y tan eficiente funcionamiento, que hemos acabado por pensar que estamos a salvo de cualquier sorpresa y que si por acaso fallara alguna de nuestras defensas, se pondrían en marcha automáticamente los dispositivos de seguridad que hemos creado —Cuánta paz, cuánta tranquilidad! — en torno nuestro.

Pero qué va a ocurrir, cuáles van a ser las revelaciones impredecibles del ser humano, cuando este sistema de pronto se vuelva contra nosotros? Este es el problema al cual propone una respuesta a lo largo de dos actos de intenso juego de terror, furia, angustia, cólera y miedo, la obra de Daniel Gallegos. *En el séptimo círculo* que estrenó el 2 de abril la Compañía Nacional de Teatro.

Cuando uno mira a Dora (Haydee Stirbu) dispuesta a lanzar al vacío al niño que la madre asaltante Ronna (Amalia Sotela) ha traído como pretexto para entrar en la casa de las víctimas, piensa una vez más en lo mismo que muchas veces ha pensado: que la herencia de muerte que les dejamos a los niños que nacen en este fin de siglo es un sistema social, político y económico basado en la violencia desatada ya en tal forma que nada va a poder detenerla: ni los ruegos de la madre que ¡ahora! pide piedad, no la

# TIEMPO DE HOY

llamada a la cordura que implora Esperanza (Gladys Catania), que hace rato está pidiendo que se detengan todos a pensar, a buscar su origen, los motivos ocultos de cada una, como especie de confesión general que pudiera servir de exorcismo, y que llega a pedir incluso votación para decidir.

A mí, -predispuesto como estoy- me pareció escuchar en ella los gritos de esta malherida democracia que agoniza y cae una y otra vez en el largo viacrucis de las dictaduras. Y en la cúspide, allá arriba, sosteniendo la vida inocente del niño, Dora se me reveló como la imagen de esos mismos regímenes militares que parecen blandir en sus manos armadas la fórmula que acaba de recomendar para el pueblo de El Salvador el asesino D.Aubrisson: establecer la paz sobre los cadáveres de tantos salvadoreños como sea necesario.

La obra de Gallegos termina justamente donde debe terminar. NO hay solución. Todos seguiremos arrastrados por la ola de la violencia sin lograr saber cuándo empezó ni por qué, mientras nos acusamos unos a otros, y como en los otros vemos el culpable. demandamos que sea destruido este...

Cuando uno abre el periódico de cada día y ve moverse por todo el mundo la ola de la violencia y la guerra, uno encuentra luego en cada caso las causas políticas, sociales, históricas, y se queda tranquilo. La obra de Gallegos nos pone en otra vía de pensamientos: la violencia está más hondo en el hombre. ¿Su naturaleza? La obra es pesimista; pero ¿a tal extremo? A mí no me conmovió tanto la madre delincuente que -ahora sí! — pide por la vida de su hijo, como el desesperado ruego por un momento de reflexión y cordura de ese personaje que arroja a la cara del jefe de la banda un chorro de ácido y con esto desata la violencia de los viejos sobre los jóvenes, pero promueve además la ciega locura de exterminio de Dora. Ese personaje lleva el simbólico nombre de Esperanza que a mí se me parece tanto a la pobrecita y culpable democracia burguesa...